



REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

## Un juego de espejos: Toledo desde un cigarral

Discurso del académico electo  
Excmo. Sr. D. Gregorio Marañón y Bertrán de Lis,  
marqués de Marañón

leído en el Acto de su Recepción Pública  
el día 29 de noviembre de 2004

y contestación del  
Excmo. Sr. D. Alfredo Pérez de Armiñán  
y de la Serna

MADRID  
MMIV

Señoras y señores académicos:

Cuando el que os habla tenía once años, obtuvo, en el colegio donde cursaba el bachillerato, una sorprendente nota en la asignatura de dibujo: aprobado por buena conducta. Aquella calificación, que dejaba en nada mis torpes intentos de reflejar sueños y realidades con el lápiz o el carboncillo, me enseñó algo que iba a constituir un importante eje de mi vida: el valor del esfuerzo. *Tempus fugit*. Hoy, cincuenta años después, ingreso en la Academia, y precisamente, como no profesional, en la sección de pintura. Como entonces lo fue aquel profesor, ahora vosotros habéis sido sumamente benévolo conmigo al elegirme. De ahí que comience por expresaros, con profunda emoción, la inmensa gratitud que siento hacia vosotros.

Gratitud, en primer lugar, a Fernando Chueca, Luis de Pablo y Rafael Canogar por haber adoptado la iniciativa de presentarme, estimando mis méritos con tanta generosidad. Fernando impulsó mi candidatura con juvenil entusiasmo, cuando sus circunstancias, propias y familiares, eran tan gravemente adversas, y hasta el último de sus instantes quiso, ilusionadamente, acompañarnos esta tarde. Su fallecimiento ensombrece inevitablemente, este acto, para el que incluso había escrito recientemente un precioso texto. Permitidme que en su homenaje, y como testimonio de mi más sentido reconocimiento, le dedique, por tanto, mi discurso. Rafael, en la sección de pintura, trazó mi mejor retrato; y, finalmente, Luis, ante el pleno de la Academia, compuso una afectuosa *laudatio* con los retazos más favorables de mi biografía. Puede imaginarse un aval semejante para una candidatura académica, pero mejor, imposible. Entre los tres acumulan los más altos saberes de la arquitectura y de su historia, de la pintura y la escultura, y de la música, y en sus obras se ha cumplido aquella hermosa definición de Conrad: hay algo más que la consecución de la destreza, atendiendo a los más delicados matices de la excelencia; existe un punto más alto, un sutil e inconfundible toque de amor, una inspiración, que es lo que confiere a una obra ese acabado que es el arte. Pero no sólo son maestros en las distintas Artes que constituyen el fundamento de la Academia, sino también en humanismo, en conducta liberal y en verdadero progresismo, que

es el que se compromete solidariamente con su tiempo y tiende la mano hacia el porvenir. Yo me identifico con su ejemplo, porque he procurado conformar mi propia existencia con esos mismos principios.

Mi reconocimiento también se extiende a Ramón González de Amezúa por su calurosa acogida. Él sabe la lealtad, afecto y admiración grandes que siento hacia su persona, por tradición familiar y ejercicio propio.

Gratitud, igualmente, a quienes, con idéntica generosidad que quienes me presentaron, habéis considerado procedente la iniciativa de vuestros tres ilustres compañeros y, con vuestro voto, me habéis hecho académico. Gratitud, por ende, a todos los que hoy me recibís en la Academia considerándome, generosamente, uno de los vuestros.

Admiro en los orientales su culto a los antepasados, aunque piense que, en cuanto a la herencia de la fama, la única actitud socialmente decente es la de Bonaparte cuando afirmó "*mes ancêtres c'est moi*". Pero a los que nos precedieron debemos, con frecuencia, algo más que nuestro ser biológico; de ellos recibimos el precioso legado de sus enseñanzas. De ahí que en esta solemne ocasión desee citar a cuatro académicos, compañeros vuestros y antepasados míos, que fueron mi abuelo Marañón, mi bisabuelo Pidal, otro Pidal, mi tatarabuelo, y mi cuarto abuelo, el Infante

don Francisco de Paula, que fue académico de honor y consiliario, no para adornarme con una sola brizna de su prestigio, sino para recordarles, con gratitud familiar, por cuanto hicieron por esta institución. Del primero, al que considero mi principal maestro y mi mejor ejemplo, sólo quiero añadir que he procurado no cobijarme nunca bajo su sombra protectora. Juan Ramón Jinnénez le definió como un hombre árbol. *“Llega uno a él, escribió el poeta, como a esos parajes gratos donde es bueno reposar. Desde él se ve el mar, y el día azul está sobre nosotros, fijo, seguro de que no nos va a dejar”*. Pero la sombra de Marañón es tan frondosa y perdurable, que incluso en mi itinerario académico he creído, en ocasiones, vislumbrarla. Cuando así me ha parecido, creedme de corazón, he apresurado el paso.

Antes de iniciar lo que propiamente constituye mi discurso, quiero decirles que vengo a vosotros re conociendo mis carencias y limitaciones. Hoy empieza el camino de mi iniciación académica; lo recorreré con sincera humildad, pero también con una ilusionada vocación de servicio, que es entrega y disponibilidad. Me anima el mejor espíritu de compañerismo hacia todos vosotros. Pondré, os lo aseguro, mi mayor esfuerzo en no defraudar la confianza de quienes habéis creído conveniente hacerme académico. Y no olvidaré el precioso poema de Kavafis. Ítaca no nos engaña ofreciéndonos a la arribada riquezas que no tiene; su hermoso regalo es el viaje mismo.

## Los cigarrales

Voy a hablaros ahora de Toledo, esa isla rocosa de mediterraneidad en el seco mar de Castilla. Lo voy a hacer situándome en las suaves colinas plateadas de uno de sus cigarrales, esto es, desde una distancia paradójica, porque en esos alcores estamos, a la vez, dentro y fuera de la misteriosa ciudad que simboliza el encuentro posible entre Oriente y Occidente, cuando el cainismo de las tres religiones del Libro se adormece y amanece, fecunda, la paz. Como en un juego de espejos, Toledo se refleja en sus cigarrales, y éstos devuelven a la ciudad su propia luz.

Ante todo, ¿de dónde proviene la denominación de cigarral, y qué es hoy, verdaderamente, un cigarral?

La etimología del término cigarral ha hecho correr ríos de tinta, dando lugar a las más pintorescas especulaciones. La mayoría son de inspiración orientalista, como resulta natural en una ciudad con una impronta árabe tan profunda. Ya en 1611, Sebastián de Covarrubias atribuía al vocablo un origen árabe, que vendría a significar “casa pequeña”. En el siglo XIX el arabista Pascual Gayangos hacía derivar la voz de “siguiara”, en árabe “lugar de manantiales”. Martín Gamero, en 1857, más alambicadamente, sostenía que cigarral era una palabra híbrida del árabe “cib” —equivalente a

“señor”— y del latín “glarea” —que significaría “regocijo en la casa de campo”— un nombre compuesto para expresar “casa de campo preparada con esmero para su dueño”. Unamuno sugirió otra hipotética raíz árabe: cigarral provendría de “cigorro”, traducido como “lugar alto y eminente”. Consulté en su día con Emilio García Gómez, nuestro primer arabista, estas versiones y, rotundo, las desdeñó todas. No muy convencido apuntó, únicamente, como posible lo siguiente: en la España árabe la higuera estaba tan extendida que un higueral, o “figueral”, se convirtió en sinónimo de arboleda. Cigarral podría haber sido, por tanto, el resultado de la degeneración fonética de esta palabra, para describir un lugar poblado de árboles. Los viajeros románticos ingleses del siglo XIX, testigos excepcionales de la verdadera España de entonces, pero artífices también de una España imaginaria, poblada de tópicos, afirmaron que estas propiedades se llamaban cigarrales porque era donde los clérigos toledanos se retiraban para fumar, a escondidas, sus cigarros; y hubo incluso quien fabuló con la existencia de un tal mister Cigarral, que prestaría su nombre a la primera de estas fincas.

La realidad es en este caso —como casi siempre cuando se la conoce— más sencilla. Nos la descubrió el jesuita Jerónimo Román de la Higuera, por lo general poco fiable, a principios del siglo XVII, pocos años después

de que apareciera publicado, por primera vez, el término cigarral en la obra de Luis Hurtado de Toledo “Memorial de las cosas notables de la imperial ciudad de Toledo”. “*Los cigarrales son así dichos porque en el estío cantan allí mucho las cigarras*”. La experiencia de escuchar su coro, con las incansables cadencias de un martilleante crepitar, a veces atronador, entre instantes de silencio suspendidos en el cálido aire del verano, no deja lugar a dudas. Este inapelable fallo podrá parecer poco imaginativo, pero la etimología es ciencia y no literatura.

En sus primeras ediciones, el Diccionario de la Real Academia definió un cigarral como: “*en Toledo la huerta cercada fuera de la ciudad, con árboles frutales y casa para recreo*”. Pero la realidad de la vida galopa sin riendas académicas: hoy los cigarrales han perdido su carácter rústico y los frutales, cuando se mantienen, responden únicamente a un propósito romántico u ornamental. De ahí que el Diccionario haya sustituido aquella definición por otra nueva: “*casa de recreo y huerto que la rodea, en los alrededores de Toledo, con vistas sobre la ciudad*”. Pero también esta acepción ha quedado sobrepasada por la evolución social, que ha hecho de los cigarrales, en su gran mayoría, no ya casas de recreo sino residencias permanentes y, por supuesto, pocas veces rodeadas de un huerto, y en muchos casos sin más vista sobre la ciudad que la del resplandor de sus luces sobre el

cielo de la noche. Por eso, si yo tuviera que redactar ahora la correspondiente papeleta académica, escribiría que un cigarral es “en las afueras de Toledo, casa cercada con jardín, que puede tener huerto y vistas sobre la ciudad”. Son, aproximadamente, ciento cincuenta, y conforman el único paisaje tradicional de Toledo que se ha preservado tras la progresiva desaparición, ya casi consumada, de las vegas del río, por causa de un urbanismo tan mediocre como ávidamente especulador.

De los veinte cigarrales que componen la relación que hizo Tirso de Molina en 1624, apenas quedan siete u ocho identificables, que son, sin duda, el mejor exponente de lo que este término evoca. Entre ellos están los palacetes renacentistas que fueron del cardenal Quiroga —excelentemente conservado por el duque de Bailén— y del cardenal Silíceo —hoy arruinado y con razón llamado, entonces, de Buenavista—; el cigarral de San Bernardo, en mala hora recuperado por el Císter y que pide a voces una nueva desamortización; la Huerta del Rey y el de Las Nieves —ejemplarmente restaurados por Carmen y Alejandro Araoz y los marqueses de la Esperanza, con la colaboración decisiva de Fernando Chueca e Ignacio Vicens, respectivamente— y el cigarral de Menores, mucho más modesto, pero que, según Fernando Chueca, es el más interesante y característico de todos ellos, por su tipismo y belleza arquitectónica, y

por su adecuación al lugar y al paisaje. Ahora acompañadme, con vuestra imaginación, a este cigarral al que se refiere Fernando Chueca, retrocediendo en el tiempo cuatrocientos años.

### El cigarral de Menores

En los albores del siglo XVII nos encontramos, invisibles, en una plazoleta enlosada con piedras de granito, bajo la sombra de unos hermosos negrillos que comienzan a amarillear con la llegada del otoño. Se oye el agua que cae en la taza de una fuente oculta en el jardín. Mientras atardece, dos hombres contemplan, absortos, la silueta incomparable de la ciudad imperial. Son don Jerónimo de Miranda y Vibero, cauónigo de la Catedral de Toledo y dueño del cigarral, y su amigo el prestigioso arquitecto toledano Juan Bautista Monegro. De éste sabemos casi todo: tiene algo más de sesenta años, y es una persona muy bondadosa, así como el arquitecto más influyente de la ciudad, en su calidad de maestro mayor de las obras de la Catedral, el Arzobispado, el Ayuntamiento, los Alcázares Reales, San Pedro Mártir y el Hospital Tavera. Posee una de las mejores bibliotecas de Toledo —más de 600 libros sobre las principales artes— que se corresponde con su privilegiada posición económica. Culminó su aprendizaje como

pintor en Roma, en la Academia de San Lucas, y luego se formó, como escultor, en Toledo, con Berruguete. Como arquitecto, es seguidor de Herrera pero, gracias a su formación escultórica, ha iniciado un estilo nuevo y más ornamental, un estilo del que Borges dirá que "*se interesaba menos en la expresión de un sentimiento que en la fabricación de estructuras que buscaban el asombro*". Juan Bautista Mongro se mueve en los círculos más cultos de la ciudad, italianizantes y humanistas, donde coincide con don Jerónimo de Miranda.

Don Jerónimo pertenece a una relevante familia vallisoletana. Un hermano suyo es regidor de Valladolid, otro murió en Lepanto, y un tercero es el rector de aquella Universidad. Don Jerónimo, hacia 1570, se encaminó a Roma, donde la influencia española era absoluta, incorporándose a la corte papal, en la que ha llegado a ser camarero de honor del Pontífice. Cuando se alejó de su ciudad natal, en su ánimo pesó la despiadada persecución religiosa de la que fue objeto su familia materna. Su tía doña Leonor de Vibero, años después de su muerte, había sido desenterrada para ser juzgada *corpore insepulto* como madre de un hereje luterano, y sus despojos, paseados ignominiosamente por la ciudad, fueron luego arrojados a la hoguera en el famoso auto de fe de Valladolid de 1559, junto a su hijo el Dr. Cazalla, antiguo confesor de Carlos V, y a otras tres primas de don

Jerónimo. Sus bienes fueron confiscados, su casa derribada con la prohibición de reedificarla, se sembró el solar de sal y se erigió un monumento con una inscripción infamante dando noticia del suceso. Por si lo anterior no fuera suficiente, dos parientes más de nuestro clérigo fueron también quemados, éstos por judaizantes. Miguel Delibes, en su magnífica novela *El hereje*, relatará aquellos acontecimientos, alentados por el fanatismo religioso, siempre terrible, en el que entonces ardíamos los católicos.

En 1592 muere en Roma, donde residía, el cardenal Juan de Mendoza, canónigo de la Catedral de Toledo y uno de los principales valedores del poderoso partido español. Desconocemos los méritos y también las influencias de don Jerónimo, pero debieron ser abundantes. Lo cierto es que el Papa Clemente VIII decide concederle la canonjía de Mendoza, un nombramiento excepcional que representaba para Miranda un inmenso e inmediato enriquecimiento. Lo que luego sucedió fue sorprendente, y don Jerónimo volverá a encontrarse frente a esa sombría intolerancia que le había llevado lejos de su patria. En efecto, el deán del Cabildo de la Catedral se opone, intempestivamente, al nombramiento del Papa, aduciendo que si bien don Jerónimo había superado las pruebas de limpieza de sangre, el escándalo de sus siete sambenitos colaterales, entre luteranos y judaizantes, redundaría en gran desprestigio

para la Iglesia toledana. El Cabildo se dividió, durante tres años, entre apasionados defensores y oponentes de don Jerónimo y la voluntad romana. Ambos bandos a punto estuvieron de recurrir al arbitraje del rey, pero finalmente alcanzaron una solución de compromiso, propuesta por los partidarios de don Jerónimo, sin duda más moderados que sus adversarios. A don Jerónimo se le dio posesión de la canonjía, con la condición de que se quedase en Roma como representante permanente del Cabildo. Este extrañamiento apenas duró un año, pues como suele suceder cuando ya no se discute una cuestión de principios, ni hay intereses por en medio, los ánimos se apaciguaron pronto. Lo cierto es que en 1597 don Jerónimo estaba ya en Toledo, donde adquirió, muy poco después, el cigarral en el que le hemos encontrado con Juan Bautista Monegro.

En una tarde como la de hoy, un posible día de noviembre del año 1604, ante nuestros dos personajes se renueva la portentosa visión del crepúsculo toledano, entre luces y silencios sobrenaturales. La estela que ha dejado el sol se va apagando, y la penumbra se adueña del paisaje. Don Jerónimo y Monegro entran en la casa, con sus vestidos negros de golillas y gorgueras blancas, y se sientan junto al luminoso calor de la chimenea. Repasan lo que acontece en la ciudad y en su propio círculo de amigos y conocidos, burgueses cultos, clérigos humanistas, artistas en los que aún predominan las maneras del

Renacimiento. Muchos de ellos, Miranda, Monegro, también el Greco, tienen en común la experiencia de su paso por Italia, y a todos ellos les vincula el universo de la Catedral, en donde viven, para la que trabajan, la que les patrocina. La leña de olivo carrasquea en el fuego, y un criado aviva la lumbre. Miranda le encarga entonces a Monegro la construcción de un convento, bajo la advocación de San Julián, junto a la casa, para la Orden, precisamente italiana, de los Clérigos Menores de San Francisco Caracciolo, a quienes proyecta donar el cigarral y una renta anual de 1.500 ducados. Ahí desea enterrarse, le cuenta con emoción contenida a su amigo, en la sosegada plenitud del lugar donde han transcurrido sus mejores horas, dejando el cuidado del cigarral a unos religiosos cuya espiritualidad contemplativa y humanismo italianizante le son tan caros. El arquitecto comparte, con un sentimiento de cercanía afectiva, el propósito que anima al canónigo, y le pregunta por las necesidades del nuevo edificio y le responde con los criterios estéticos y técnicos que domina, en una larga conversación que va decayendo a medida que el fuego se apaga y la oscuridad les invita a descansar de sus sueños.

Algunos años después el proyecto empieza a realizarse. Andrés de Montoya, aparejador de la Catedral, con quien colabora siempre Monegro, presenta a don Jerónimo unas maquetas del monasterio y su capilla,



mientras el cantero Sierra trabaja en las pirámides que adornarán las fuentes del jardín, que Tirso de Molina describirá como “*un pedazo del de Adán, con las paredes vestidas de doseles de naranjas y limones, pegados con ellas, que servían de escalas a jazmines, parras y nueces sin dejar blanco en sus piedras*”. El edificio se terminó a principios de 1619, el 16 de marzo fallecía don Jerónimo de Miranda, y el 28 de abril de ese mismo año los Clérigos Menores tomaban solemnemente posesión de su convento. Desde el Renacimiento hasta el Siglo de las Luces, los Menores disfrutarían del cigarral para su “*apartamento y soledad en la contemplación*”, sin que aconteciese nada notable que nos haya llegado, salvo la gozosa paz espiritual que les dio fama en su tierra italiana de haber formado en Toledo un “*Colegio di Santi*”.

### Decadencia y muerte de Toledo

¿Cómo es ese Toledo de 1604 que observaban, desde la atalaya del cigarral, el canónigo y el arquitecto? No me refiero a su acabada silueta, que permanece inmutable a través de los siglos, sino a la vida que discurría por las arterias de la ciudad.

En el siglo XVI —hacia 1570— Toledo ha conocido el momento de su máximo esplendor, de su mayor pobla-

ción y riqueza. La coincidencia en la ciudad de Santa Teresa, San Juan de la Cruz y El Greco, mientras comienzan, al tiempo, *las Moradas*, *el Cántico espiritual* y el cuadro de la Ascensión de la Virgen, con sus olvidadas azucenas en el suelo, marca un hito estelar de la historia de Toledo y de la mística universal. Pero la decadencia, inadvertidamente, ha traspasado la Puerta de Bisagra. Las condiciones de una ciudad incómoda y cara —falta de agua, problemas de abastecimiento, exceso de población, carencia de suelo, calles estrechas, más propias de una medina medieval que de una ciudad renacentista, topografía agreste— inclinarán treinta años después, a comienzos del siglo XVII, la balanza a favor de la vecina villa de Madrid, aunque las consecuencias tardarán en percibirse. Es más, el regreso de la Corte a Valladolid creó momentáneamente la ilusión de que el viejo orden, de cuando la Corte era itinerante, se había recuperado. La industria de la seda empieza a sufrir también sus primeras dificultades, y Toledo, poco a poco, va a dejar de ser un centro político, comercial e industrial, para transformarse en una ciudad esencialmente religiosa; en palabras de Antonio Bonet, va a convertirse, de ciudad de los hombres en Ciudad de Dios. Por ello, el viajero Jacob Sobieski pudo escribir que “*parece que las iglesias solas, con los monasterios, constituyen la ciudad entera*”. Hasta los cigarrales, en su gran mayoría, pasan a ser propiedad de arzobispos, canónigos y órdenes religiosas. El papel relevante que la Iglesia tole-

dana juega en la aplicación de la Contrarreforma facilita este proceso. El Arzobispado y el Cabildo, con sus cardenales y canónigos ricos y cultos, muchos de ellos con vínculos italianos, como nuestro Miranda, desarrollan una impresionante labor de mecenazgo. Toledo, gracias a ellos, llega a ser la capital cultural de España, atrayendo a los mejores escritores y artistas. En 1605 Felipe III trasladará definitivamente la Corte a Madrid, y con ello se inicia la despoblación de Toledo, que se consuma en 1609, tras la expulsión de los moriscos. En 1620 la industria de la seda entra en una crisis de la que nunca se recuperará —de los seis mil telares que tenía medio siglo antes, sólo restarán unos veinte— y, como consecuencia de todo ello, Toledo, hacia 1640, llegará al punto abismal de su decadencia, convirtiéndose en una ciudad abandonada por la mayoría de sus habitantes y, lo que es peor, poseída por el supremo abandono de los pocos que permanecieron sin sueños ni ambiciones, malviviendo con la mirada puesta en un pasado de leyendas que tampoco existió. De los 62.000 habitantes que había en 1570, en 1640 apenas quedaban 25.000. Y como signo final de este proceso, en 1639 se destruirá el artificio de Juanelo, aquel prodigioso “ingenio de agua” que cuando se construyó, en 1566, marcó la gloria ascendente de Toledo.

Toledo reposará, durante casi doscientos años, ensimismado, ajeno al curso de la historia, anclado en la

nostalgia de su pasado. Tampoco se inmutará cuando, yá en la embocadura del siglo XIX, estalle la tormenta revolucionaria de la modernidad. ¿Es que acaso la ciudad imperial se había muerto dormida, sin siquiera darse cuenta? Así parece, si nos atenemos a los testimonios de quienes visitan sus restos.

En 1821 una sacudida liberal recorre España. En Valladolid se derriba aquel siniestro monumento erigido en el solar de la casa de doña Leonor de Vibero, que lejos de trascender una infamia inexistente recordaba la infamia de una condena. Y en Toledo, al mismo tiempo, se vende el cigarral del sobrino de doña Leonor, en aplicación de las primeras leyes desamortizadoras, poniendo abrupto final a la presencia de los Clérigos Menores en la ciudad. El cigarral tenía entonces ochocientos olivos, cuatrocientos frutales y una rica biblioteca, con más de trescientos libros empergaminados, testimonio de las inclinaciones artísticas e intelectuales de aquellos religiosos llegados de Italia dos siglos antes. El convento pasa de unas manos a otras, y durante unos años pertenece a don Manuel Silvela, por herencia de su mujer, una Posadillo, pariente lejano de mi abuelo. Como le sucede a Toledo, también la luz del cigarral se apaga, las piedras se desmoronan, la traza de los jardines se pierde entre la maleza, las fuentes guardan silencio, y nadie, nadie, se inmuta ante su decadencia. En la oscuridad de

aquellos días sólo Gustavo Adolfo Bécquer visita con frecuencia el cigarral, atraído por la evocadora derrota de sus románticas ruinas y la incomparable visión que le ofrece de Toledo, intacto en su sueño amortecido.

En 1846, Amador de los Ríos, en su *Toledo Pintoresco*, se dirige a la ciudad en los siguientes términos: “*Cuán triste y abatida te ofreces ahora a la vista de los hombres. El portugués envidioso osó incendiar tu Alcázar; el galo altivo puso fuego a tus monasterios y saqueó tus templos y palacios. Y tus hijos, lejos de enjugar el llanto de tus ojos, aumentaron tu amargura con su culpable desdén y su indiferencia*”. Y el escritor reproduce a continuación el soneto de un amigo suyo que finaliza con este verso “... y estás en pie para baldón de España”. “*Así claman, añade, al verte, los poetas que van a llorar desconsolados sobre tus escombros*”. Uno de estos desconsolados poetas fue Zorrilla, que vivió y estudió en Toledo. Imaginémosle recitando “*negra, ruinosa, sola y olvidada..., allí yace Toledo abandonada*”.

En 1860 el francés Antoine de Latour publica su conocido libro *Toledo y las riberas del Tajo*. Antes se ha aproximado, una y otra vez, a Toledo con la unción del peregrino más que con la curiosidad del viajero. “*Entre peregrinación y peregrinación, escribe, han pasado muy pocos años, y la ciudad ha dado visiblemente pasos hacia*

*su entera destrucción... Los escombros de algunos grandes monumentos han quedado recogidos, ocultos a la mirada de unos pocos visitantes que los buscan, pero el conjunto de la ciudad se cae por una pendiente irremisible: cada día el tiempo ejecuta su sentencia y empuja algunas piedras más hacia el Tajo, unas piedras que ninguna mano se esfuerza en retener... En Toledo sólo quedan 20.000 habitantes y la ciudad se muere... Temo que de Toledo sólo reste el nombre*”.

Algo más tarde Galdós publica un breve ensayo, que titula “*Las Generaciones Artísticas en la ciudad de Toledo*”, en el que dice: “*El aspecto de Toledo es el de los pueblos muertos, muertos para no renacer jamás, sin más interés que el de los recuerdos, sin esperanza de nueva vida, sin elementos que pueda, desarrollados nuevamente, darle un puesto entre los pueblos de hoy... De aquellos ilustres escombros, destinados a ser vivienda de lagartos y arqueólogos, no puede salir una ciudad moderna... No tiene sino el valor de las ruinas. Su aspecto abate y suspende el ánimo a la vez, como todas las tumbas ilustres*”.

La sensación que nos transmiten Amador de los Ríos, Zorrilla, Latour y Galdós coincide con la que nos dejaron muchos otros viajeros y escritores: Toledo, ciertamente, parecía una ciudad muerta. Y esta imagen la hace suya la generación del 98 al pasar la página del siglo.

Así Azorín, en su novela *La voluntad*, describe Toledo como “una ciudad sombría, desierta, trágica”, y Valle-Inclán, en *La lámpara maravillosa*, culmina esta visión espectral. “Toledo, escribe, es una vieja ciudad alucinante. Yo he sentido bajo sus arcos que se desmoronan el paso de la muerte... Alza las losas de los sepulcros y hace desfilar los fantasmas en una sucesión más angustiada que la vida... Las manos de El Greco tienen actitudes cabalísticas, algo indescifrable que enlaza un momento efímero con otro momento lleno de significación y taumaturgia. Esta misma significación, esta misma taumaturgia tiene el ámbito sepulcral de Toledo... En el vértigo de emociones que producen sus piedras carcomidas prevalece la idea de la muerte... Toledo es a modo de un sepulcro que guarda en su fondo huesos heroicos recubiertos con el sórdido jirón de la mortaja, y cuando todas sus piedras se han convertido en polvo se nos aparecerá como un recuerdo bello”. Y don Ramón termina con la siguiente metáfora sobrecogedora: “Toledo es en todos sus momentos, la calavera que ríe con tres dientes sobre el infolio de un anacoreta y dice que todo es polvo”.

### El renacer de Toledo

Pero no todo era polvo en Toledo, aunque el pesimismo histórico del 98 lo percibiera así. Uno de los más

grandes poetas del siglo pasado, Rainer María Rilke, llegó a la ciudad en 1911 y su mirada sensible traspasó el espejo de la realidad, para descubrir la vida que aún latía bajo los escombros de los conventos y palacios. “Han tenido que trabajar juntos un Santo y un león para que pudiera surgir Toledo y situarse aquí la vida”, proclama bíblicamente. Desde Toledo, en sus cartas a sus princesas amigas y a Lon Andreas-Salomé, esa mujer de extraordinaria personalidad que fue compañera del poeta, de Freud y de Nietzsche, escribe los textos más hermosos y apasionados que conozco sobre la ciudad “esa realidad infinitamente esperada, y que supera infinitamente todo cuanto cabía esperar, esa plenitud de cuanto he amado antes sólo parcialmente; Toledo es como una aparición, una ciudad hecha en igual medida para los ojos de los muertos, de los vivos y de los ángeles”.

La primera señal de que el pulso de Toledo se recobraba era, sin embargo, algo anterior. A finales del siglo XIX, el gran arquitecto Arturo Mélida había acometido dos importantes y significativos proyectos: la reconstrucción del claustro de San Juan de los Reyes, en ruinas desde la Guerra de la Independencia, y la construcción contigua de la Escuela de Artes y Oficios, incorporando ejemplarmente un edificio contemporáneo al corazón de la ciudad histórica. Si el primero representaba la voluntad de recuperar el pasado derruido, el

segundo lo inspiraba una ambición de modernidad, tanto por su concepción estética como por su finalidad social. Con razón a Galdós no se le pudo escapar la trascendencia de estas iniciativas, y las calificó como "*el mejor título de cultura de los toledanos del siglo XIX*".

Y ya en el siglo XX los signos del despertar de Toledo empiezan a multiplicarse, avivados por el decisivo fenómeno del redescubrimiento de El Greco, que atrae sobre la ciudad la mirada apasionada de los principales artistas e intelectuales de la época. El genial cretense renace para el arte gracias a Cossío y a pintores como Regoyos, Rusiñol y, sobre todo, Zuloaga, quien en 1913, casi coincidiendo con la estancia de Rilke, pinta su famoso retrato de Barrés contemplando, desde un lugar muy próximo al cigarral, una colosal vista de Toledo inspirada en las que pintó El Greco. En esos años llegan a Toledo, buscando a El Greco, desde Picasso a Diego Rivera, desde los impresionistas franceses hasta los primeros vanguardistas americanos, desde Beruete a Sorolla. Su visión de la ciudad nada tiene que ver con la que imperaba en el siglo anterior; por el contrario, en palabras de Meier-Graefe, uno de los críticos más brillantes de la vanguardia europea, Toledo les parece una ciudad maravillosa, liberada de los fantasmas antiguos, de una belleza oculta pero amable y poderosa. Otra personalidad fundamental en la recuperación de la fama artística de El Greco, y en su

definitiva identificación con el nombre de Toledo, fue el marqués de la Vega-Inclán, a quien tanto debe la ciudad. Él promovió la reconstrucción de la Casa de El Greco, con el fin de fomentar la llegada de numerosos visitantes, con un planteamiento precursor y culto del turismo moderno, y también quien alentó la construcción de la nueva estación de ferrocarril, según el proyecto neomudéjar del arquitecto Clavería. En esas mismas fechas de principio de siglo, Buñuel, que décadas más tarde rodaría en Toledo su inolvidable *Tristana*, funda con Alberti, Dalí y otros amigos de la Residencia de Estudiantes, la Orden de Toledo: sus miembros debían amar la ciudad y... emborracharse una noche para vagar por sus calles. Y Federico García Lorca trae *La Barraca* a Toledo, con los decorados de Alberto Sánchez y Benjamín Palencia, en cuyas obras Toledo estará tan presente. También resultan significativos los nombres de la convocatoria del homenaje de Toledo a Maurice Barrès: Ortega, Marañón, Pérez de Ayala, D'Ors y Álvarez de Sotomayor. Y es que Toledo y El Greco, El Greco y Toledo, como símbolos indisociables, han pasado a ocupar un lugar central no sólo en el arte de ese tiempo, sino también para el pensamiento europeísta y modernizador que la Institución Libre de Enseñanza transmite a las generaciones del 14 y el 27, así como para el regeneracionismo y el conservadurismo ilustrado. El pesimismo del 98 ha quedado atrás, y cobra fuerza el interés por reconstruir Toledo y por lo que sigui-

fica su pasado emblemático: el mito y la realidad de la convivencia de las Tres Culturas, la Escuela de Traductores, el proyecto imperial europeo. Toledo revive, sí, pero a diferencia de lo que sucede en otras ciudades históricas como Granada o Sevilla, que cuentan con una fuente de vida propia, universitaria y burguesa, la luz del despertar toledano proviene principalmente de fuera, y será sólo mucho más tarde, a finales del siglo XX, cuando la ciudad recuperará por fin su propio impulso.

### El cigarral de Marañón

Estamos en 1921. Marañón, con treinta y tres años, ha comprado el cigarral abandonado de don Jerónimo de Miranda. Probablemente lo conoció de la mano de esa entrañable figura paternal que para él fue Galdós. Dos semanas después de adquirirlo lo visita con Ramón Pérez de Ayala, su amigo del alma, un extraordinario escritor, hoy injustamente preterido. Pérez de Ayala queda también prendido por el espectáculo del atardecer. *“Al caer la tarde, escribe, bajo unos olmos robustos y venerables, Toledo, que en plena luz es color de hueso antiguo, de marfil insigne, comienza a animarse, a sonrojarse como una mejilla a la cual afluye la sangre... y él solo, para sí, absorbe la postrera luz crepuscular, en la vasta noche de amatista”*. Marañón acomete enseguida la restauración

del cigarral. La corta duración de las obras —apenas unos meses— y las naturales limitaciones presupuestarias que tendría aquel joven médico, nos hacen suponer que la intervención se limitó a consolidar los muros y tejados de la casa, y a acondicionarla para hacerla habitable. Y allí emigró —son palabras suyas cuando ingresó en esta Academia— sin saber por qué, atraído por el instinto —como los pájaros— de que en aquel lugar su obra iba a cumplirse. Más tarde, al resumir su propia vida, confesaría que en el cigarral habían transcurrido sus horas más felices y fecundas.

El edificio del antiguo convento que proyectó Monegro es de traza sencilla, sin pretensiones estilísticas. Tiene dos plantas, con un gracioso movimiento de planos y niveles. Una logia de tres arcos sobre columnas toseanas, y la espadaña, ponen una nota de distinción en su arquitectura. La capilla se abre sobre la logia, así como el antiguo refectorio y la escalera principal, con preciosos azulejos de cuerda seca, que sube a la planta alta, donde se encuentran las celdas. Uno de los mayores encantos del edificio se debe al precioso juego de sus plazoletas y jardines aterrizados, que integran armoniosamente los distintos niveles del terreno. Forman un oasis de sensualidad, entre fuentes y vegetaciones frondosas, un paisaje italianizante en el que también se integra un campo de olivos y frutales con Toledo al fondo, asentado

sobre su rocosa pesadumbre, como la montaña mítica a la que se abrió el jardín renacentista de Petrarca.

El cigarral de don Jerónimo de Miranda, luego de los Menores, y ahora de Marañón, va a alcanzar el momento de mayor esplendor de su pequeña historia. Se convierte, como un cenáculo renacentista, en el lugar de encuentro de los artífices de uno de los períodos más brillantes y fecundos de nuestra cultura, período al que Pedro Laín denominará el medio Siglo de Oro, pero que es más conocido como la Edad de Plata de la cultura española. Y destaco lo de española porque sus protagonistas no sólo establecieron hitos literarios, científicos y artísticos prodigiosos, sino que también sintieron la vocación de su país con el mejor de los impulsos patrióticos. ¿Acaso aquellas generaciones encarnaron al tiempo la cumbre y el inicio del ocaso de nuestra cultura? Es posible, si persiste, en palabras de Carlos Seco, “*la pérdida de magnitud de España, a fuer de negarla o ignorarla*”. Pero también puede que el futuro nos depare nuevas cimas, si somos capaces de vertebrar, inteligente y generosamente, las distintas corrientes de identidad que fluyen por la piel de nuestro gran país.

La relación de las personalidades que acuden al cigarral de Marañón entre 1922 y 1936 es inacabable, y allí se suceden, además, reuniones de un inmenso alcance político, como la que protagonizan Leopoldo Matos,

ministro del Interior del Gobierno Berenguer, y Ángel Osorio Gallardo, por los republicanos, intentando alcanzar, antes del 14 de abril, un acuerdo que ya era imposible, o la que más tarde celebraron Azaña y el Presidente francés Herriot.

Tirso de Molina, en el capítulo que dedica al cigarral de Menores, relata una jornada, lleua de recitales poéticos y musicales, que termina con la representación de la obra de teatro *Cómo han de ser los amigos*. En el verano de 1935, lo que imaginó el fraile mercedario se ha hecho realidad. En el cigarral se reúnen unos amigos que saben serlo, y uno de ellos, Federico García Lorca, que quiere comerse la tierra roja del olivar untada en pan y que, acalorado, se arroja vestido al estanque de la fuente, empieza, al atardecer, la lectura de *Bodas de Sangre*, provocando en los que le escuchan una indescriptible emoción que ahoga cualquier otro sonido: hasta las cigarras enmudecen. Marcelle Auclair nos cuenta que “*no leyó como un actor, ni se complacía en la dicción de las palabras como suelen hacer los poetas, pero interiorizó con tanta intensidad la realidad de sus personajes, que nos hizo verdaderamente temblar, como cuando el cante jondo hiela la sangre; al terminar Federico, a Marañón se le saltaron las lágrimas*”.

Muy poco después estallará la más incivil de nuestras guerras, que marcará los destinos de todos los espa-

ñoses, y de manera muy especial el de algunos de los que celebraban alegremente su amistad en aquella inolvidable jornada. ¡Qué vértigo produce la tragedia inesperada cuando se la contempla desde el recuerdo del instante feliz que la antecede! Federico, despiadadamente asesinado, y Marañón en el exilio, simbolizan aquella tormenta, negra y sangre, que segó tantas vidas y esperanzas.

Toledo, por su parte, fue un símbolo universal de la Guerra Civil, para que se cumplieran las palabras de Galdós cuando dijo que nuestra ciudad es la historia completa de España. Por la gesta y la tragedia del Alcázar “de los tristes destinos”, por el propio significado de Toledo, y por la actuación de personas tan eultas como el marqués de Lozoya y Antonio Gallego Burin, el régimen franquista hizo de la reconstrucción y conservación de Toledo una prioridad. Aunque el barrio del Carmen —precisamente el más próximo al Palacio de Carlos V— fue lamentablemente reedificado, con casas de hasta siete plantas, los principales monumentos se pusieron en pie, se suprimieron los caseríos anejos a las murallas y a Santiago del Arrabal y, dentro del casco, con la vigilante actuación de la Dirección General de Bellas Artes, a la que se debe la nueva estética de ladrillo visto, se construyó muy poco, sin duda también por causa del estancamiento demográfico de la población toledana. Si la República había realizado una declaración generalizada

de protección de monumentos de Toledo, el régimen franquista extendió dicha protección, con acertado criterio, a la ciudad entera, que fue declarada Conjunto Monumental, y también a sus vistas. Durante este tiempo se fundaron los museos de Santa Cruz, San Román, y el Sefardí, se organizó la magna exposición sobre Carlos V de 1958 y se creó la Decena Musical Toledana, a la que tanto contribuyó Antonio Iglesias, para alentar la vida cultural de la ciudad.

También el cigarral padeció los crueles embates de la guerra. El convento de los Menores, bombardeado por un bando u otro, da igual la autoría, sufrió graves desperfectos; y los libros y el mobiliario de la casa y la capilla desaparecieron, como botín de las tropas nacionales y alimento de sus hogueras. En 1938 fue embargado “*para asegurar —cito literalmente— las responsabilidades civiles de Marañón que determinarían las autoridades militares competentes*”, embargo que no se levantaría hasta 1947. La presencia de mi padre en el bando nacional evita que el cigarral corra la misma suerte que el de Salvador de Madariaga, vendido ignominiosamente en pública subasta, y más tarde derribado. Cuando mi familia recupera la posesión del cigarral, son mis tíos Carmen y Alejandro Araoz quienes lo restauran de nuevo, con infinita devoción y acierto. Y así, en 1942, mis abuelos, al llegar de su destierro, encontraron cada piedra en su lugar,



el interior de la casa incluso mejorado, y los jardines florecidos, sin rastro de escombros o metralla. “Y sin embargo todo volvió a empezar”, escribe entonces Marañón en el prólogo a la 2ª edición del *Elogio y Nostalgia de Toledo*, “lo que creíamos que no volvería más, vuelve, y es fuente, como antes, de las mismas emociones”.



Entre 1942 y 1960, cuando fallece, Marañón pasa sus mejores horas en el cigarral, rodeado de su familia y amigos, siendo visitado como una catedral humana —son palabras de César González Ruano— por personalidades de todo el mundo, encontrando tiempo para culminar su ingente obra literaria y científica y, sobre todo, sintiendo, en su retiro, en su soledad llena de

profundas compañías, esa plenitud interior que llamamos felicidad.

Ya enfermo, un día de marzo de 1960 regresa al cigarral para contemplar, por última vez, “la ciudad resplandeciente en la postrera lumbre del ocaso” y escuchar con el alma “el silencio que viene, paso a paso, preñado de misterios del Oriente”. Son versos suyos del último poema que escribió, enamorado siempre, para su mujer, al dorso de una extraordinaria fotografía de Gyenes, —aquel gran artista de la imagen que abrió las puertas de esta Academia a su arte— en la que Marañón aparece, de espaldas, en el atardecer de su vida, con el pensamiento transido, mirando hacia Toledo tras las colinas pobladas de símbolos del cigarral.

A su muerte el cigarral conocerá un período de relativo abandono. No es la dejadez de la incuria, ni la ruina que deja a sus propietarios sin medios para mantener una casa. Se trata de un abandono distinto, del abandono que se produce con el alejamiento, sin retorno, de la persona que con su presencia había llenado de vida el lugar. Durante los próximos dieciocho años la historia del cigarral quedará sumergida en un extraño paréntesis, descolgado del tiempo. Mi abuela se adentró en un largo invierno, con su vida rota, sin dejar un resquicio al olvido, y no quiso volver a habitar el cigarral

que le evocaba, continuamente, la felicidad que no podría revivir. Las pocas veces que regresó lo hizo sin quedarse a dormir, apresuradamente, para cumplir con el deber de comprobar que, perdida el alma, la casa mantenía su orden. En 1978, a su muerte, tenía yo treinta y cinco años, y por un imprevisible curso de los acontecimientos familiares, en los que mi tía Carmen Araoz me apoyó decisivamente, pude adquirir el cigarral a mi familia. Se cumplió así ese sueño que nos acompaña siempre de poder recuperar el paraíso perdido de los juegos felices de nuestra infancia.

Hay lugares, paisajes, ciudades, casas, que tienen el poder mágico de incorporarnos, de hacernos suyos, de suscitar en nosotros un inevitable sentimiento de arraigo. A mí me ha sucedido con el cigarral, y desde el cigarral con Toledo. Entre sus tapias de piedra y adobe encontramos siempre, aguardándonos, una ensenada calma y cristalina, cuando las tormentas de la vida amenazan con desarbolar nuestro espíritu, cuando precisamos de ese descanso que precede al inicio de una nueva aventura, o cuando, sencillamente, buscamos el goce en paz de nuestra felicidad. Porque en su retiro, el tiempo se remansa y transcurre sin herirnos. Con el cigarral, como con todo lo que se quiere verdaderamente, el sentimiento de posesión se desvanece, y nos sentimos llamados a cuidarlo con devoción para transmitirlo, cuando nos llegue el turno,

sabiendo que la memoria del lugar fluye sobre nosotros como un venero continuo de agua viva.

Yo lo he cuidado, durante el último cuarto de siglo, con el mayor respeto a su carácter y a la paz que se respira en cada uno de sus rincones, pero también sintiéndome libre para llenar de nueva vida su casa conventual y cada uno de los surcos de su campo. Ahora Pili, mi mujer, a la que tanto debo, también en este entrañable ámbito toledano, me ayuda decisivamente en la tarea: ambos, desde la inefable plenitud del sentimiento amoroso que nos une, compartimos un mismo proyecto de vida, del que el cigarral de Menores forma parte. En esta labor contamos con la colaboración de mi hijo Gregorio, quien a su excelente quehacer como arquitecto añade la sensibilidad propia de su identificación con el lugar.

No es ésta la ocasión de relatar este último tramo de la historia del antiguo cigarral de don Jerónimo de Miranda, que se funde con nuestra propia vida. Dejarme tan solo que recuerde dos esculturas incorporadas en este período, que simbolizan muchas de nuestras ilusiones y afanes. Una, de Alberto Corazón, situada en la intimidad del jardín, estilizada y mística como un ciprés que apunta al cielo, y otra, de Eduardo Chillida, colocada en un alto que domina la vista de Toledo, como una roca imponente de hormigón oxidado

entre otras naturales de granito. Esta escultura es un "Lugar de asiento", que invita a ser ocupado para mirar lo que otros ojos vieron antes que los nuestros. De su respaldo se desgaja un cubo geométrico, que levita ingrávido como si fuera a iniciar el vuelo, en contraste con la pesadumbre del resto del cuerpo. Nunca olvidaré la llegada de la escultura al cigarral, suspendida, como un péndulo de seis toneladas, de un gigantesco helicóptero, mientras el Rey la fotografiaba desde otro. La escultura avanzaba envuelta en la luz blanca de la mañana, en medio de un infernal estruendo, inclinando a su paso los cipreses como si fueran juncos, transformando las ramas de los árboles en alocadas aspas del molino, y levantando del suelo una densa polvareda de tierra y piedras, que oscureció el cielo y se extendió por todas partes con la fuerza confusa y terrible de un huracán.

### Toledo desde un cigarral

La verdadera pasión es comprometida, y de ella brota un sentimiento de solidaridad hacia lo que se ama; por eso no podemos contemplar impasibles la prodigiosa silueta de Toledo desde el cigarral, si sabemos que tras su belleza se esconden fenómenos que amenazan gravemente a la ciudad. La experiencia estética nos colma de emoción, pero el disfrute de esa emoción no ha de cegarnos,

apartándonos del mundo superior de la ética, del deber que nos exige, siempre, una conducta adecuada. Consecuentemente, poco después de haber adquirido el cigarral, abandoné simbólicamente su gozoso refugio y bajé a la plaza pública para denunciar lo que estaba aconteciendo en Toledo. Di algunas conferencias y publiqué en *El País*, en 1983, un artículo en forma de carta abierta a Javier Solana, ministro entonces de la Cultura. Un escultor local, con la pasión propia de un artista, se encadenó con mi texto como estandarte en la Plaza de Zocodover, y así, gracias a su gesto, mis líneas alcanzaron una inesperada repercusión. Yo denunciaba en mi escrito que con la coartada de que los grandes monumentos de Toledo se estaban conservando bien, se había iniciado un acelerado proceso de destrucción de su trama urbana medieval y de su paisaje, cuando precisamente lo que confería a la ciudad histórica un incomparable valor era su conjunto. Y ello acontecía entre el silencio, cómplice o ignorante, de todos, de los responsables públicos y de los ciudadanos. El 30% del casco histórico se había sustituido por edificaciones de nueva planta en los cuarenta años anteriores, sobre todo a partir de finales de los años sesenta. Y, a falta de un adecuado plan de urbanismo, la especulación legal había macizado numerosos patios y edificado huertas y jardines, destruyendo una gran parte de ese misterioso laberinto interior que constituye el verdadero ser de Toledo, mientras la especulación ilegal

arruinaba voluntariamente edificios protegidos, sin que nadie lo impidiera. ¡Y algunos de los principales autores de aquellos insensibles atentados eran organismos públicos! El Centro Ambrosio de Morales, que tanto hizo en aquellos momentos por crear en la sociedad española una conciencia rectamente conservacionista, afirmó que lo que sucedía en Toledo era la catástrofe más importante que había sufrido nuestro Patrimonio desde el comienzo de la transición democrática.

Respecto al Toledo nuevo, éste avanzaba y, ¡ay!, avanza, con la mayor mediocridad urbanística, sin la más leve sombra de lo que fue su pasado de grandeza, devorando paulatinamente las vegas del río y destrozando las vistas naturales de la ciudad. Cuando leemos la utopía que el entonces vizconde de Palazuelos escribió en 1889 sobre un modelo de desarrollo para Toledo, la angustia se apodera de nosotros al imaginar lo que pudo haber sido, y además tan fácilmente, y eompararlo con lo que es, con lo que nuestra generaeión ha hecho en el último tramo del siglo XX.

Describía Palazuelos su sueño de la siguiente manera: *“Notable en extremo es el Plan Urbanístico que se ha tenido presente. En la Vega alta, alejadas de la ciudad, se han levantado innumerables fábricas. Los barrios extremos de Toledo flanquean ambos lados del río, lle-*

*nos de casitas unifamiliares, de dos plantas y un pequeño jardín. Son, en su mayoría, viviendas sociales. El Tajo se ha encauzado por medio de amplios y cómodos muelles que aparecen llenos de barcas, y sirven como vía de comunicación, gracias a los numerosos vaporcillos que lo surcan, en un sistema agradable a la par que económico. En la Vega Baja se asienta lo principal de la urbe moderna. Su centro lo ocupa un extenso parque, con fuentes monumentales, rientes cascadas, pintorescos lagos, frondosa arboleda, macizos de flores, y una columna cesárea de cien metros de altura, monumento que enaltece el recuerdo del Emperador Carlos, cuya enorme estatua de bronce lo corona”.*

Y continúa Palazuelos: *“La plaza de Garcilaso es el lugar de mayor animación ciudadana, con edificios de oficinas, hoteles, bancos, el Teatro de la Ópera, y numerosos cafés. De aquí parten las doce principales avenidas de Toledo adornadas con árboles y monumentos. Una de ellas es el Paseo de Alfonso X, provisto de una cuádruple fila de álamos negros, que llega hasta la Plaza de Covarrubias, donde se encuentran la Estación de Ferrocarril, y la de omnibuses. El tren cruza el río sobre un imponente viaducto de hierro. La Acrópolis —la parte alta donde se asienta la ciudad histórica— se comunica con la nueva ciudad particularmente a través de dos empinadas cuestas, que pasan una por la Puerta de Bisagra y otra por la del*

*Cambrón, pero, sobre todo, por medio de un ferrocarril en miniatura. Además, desde Zocodover hasta la Plaza de Covarrubias, dos inmensos globos cautivos, mediante una ingeniosa combinación de sólidos cables y tornos de vapor, suben y bajan a cientos de viajeros”.*

Desafortunadamente la incapacidad de las autoridades públicas responsables del planeamiento urbano, y el afán de especulación y la falta de cultura de los promotores privados, han configurado un Toledo muy diferente, lo que tiene una importancia grande si pensamos que el fenómeno más importante de nuestro tiempo, el que marca la clave entre el ayer y el mañana, es lo que podríamos denominar el desdoblamiento de la identidad de Toledo. En efecto, hasta ahora, cuando hemos pronunciado el nombre de Toledo nos hemos referido siempre a la ciudad histórica, una realidad física y espiritual perfectamente identificable. La idea de Toledo era Toledo mismo. Desde ahora, hay dos Toledos, el Toledo moderno y el antiguo. O si se prefiere, el concepto de Toledo comprende dos realidades distintas, una antigua, simbólica, y cada vez más residual, y otra moderna, vital, y cada vez más expandida, que es la que hemos perdido la ocasión histórica de haber configurado en coherencia con el pasado de la ciudad y también con el futuro que Toledo se merece.

Dicho esto, hay que señalar que en estos momentos

está tramitándose un nuevo Plan de Ordenación Municipal de Toledo, redactado por el arquitecto Mario Muelas. Por lo que conozco, propone un desarrollo lineal de la ciudad, unificando, en torno al eje del Tajo, los distintos barrios toledanos, que ahora conforman una realidad urbana totalmente desintegrada. El planteamiento no sólo es correcto, sino que representaría —si prevalece— una esperanzadora mejora de la situación actual. ¡Ojalá que las autoridades competentes no lo desvirtúen, cediendo, una vez más, a las presiones de los distintos intereses particulares!

La denuncia, con ser necesaria, es insuficiente. Como dijo aquel gran liberal que fue Benjamin Constant, “*la democracia moderna tiene el peligro de que los ciudadanos se dediquen a sus intereses particulares y se desentiendan de los intereses generales*”. Y es que, en efecto, nada público puede sernos nunca ajeno: es nuestro derecho, y también nuestro deber, porque la Política, con mayúscula, no es sólo una tarea que los ciudadanos delegan, entre elección y elección, en los políticos vocacionales, sino también un ejercicio constante de participación cívica en la vida pública. Como la causa de Toledo nos incumbía —nos incumbe— a todos, toledanos y no toledanos, algunas personas decidimos pasar a la acción. En consecuencia constituimos en 1989, bajo la presidencia de honor de S.M. el Rey, la Real Fundación de Toledo, una institución plenamente independiente, que

señala lo que debe corregirse, participa en la búsqueda de las soluciones, y colabora lealmente con las administraciones públicas para conservar y revitalizar el centro histórico de la ciudad. En su núcleo inicial figuraba una persona admirable, y amigo de muchos de vosotros, que, como todos los buenos, se nos murió prematuramente. Me refiero a Manuel Ramos Armero.

Sé bien que algunos de los méritos que me habéis atribuido se derivan de este logrado empeño, que ha recibido los más altos reconocimientos; entre ellos, la medalla de honor de esta Academia. Pero quiero decir, de nuevo, porque es de justicia reiterarlo, que estos méritos no me pertenecen, porque la Fundación es el resultado del ilusionado esfuerzo de muchos otros y se gestiona colegiadamente, destacando en su gobierno el quehacer del marqués de la Esperanza, Juan Ignacio de Mesa, Fernando Ledesma, Inés de Sarriera, el duque de Bailén y Paloma Acuña.

El principal logro de la Real Fundación de Toledo ha sido demostrar la fuerza, tan eficaz como necesaria, que tiene la sociedad civil cuando despierta su conciencia cívica y se moviliza en defensa del Patrimonio. En estos quince años la situación del Toledo histórico ha cambiado bastante, afortunadamente para bien, y la presencia, o a veces la sombra, de la Fundación ha contribuido indudablemente a ello. Un excelente Plan Especial del arquitecto Joan

Busquets protege el casco. Se está trabajando, por fin, en un Plan Especial de Cigarrales que preserve lo que queda del último paisaje tradicional de la ciudad —y conviene recordar aquí que esta Academia, en 1958, a propuesta de Francisco Javier Sánchez Cantón, ya solicitó, desafortunadamente entonces sin éxito, que la zona de cigarrales fuera protegida y declarada sitio de interés histórico-artístico y paisaje pintoresco—. La capitalidad regional y la universidad le han dado nueva vida a Toledo. Se ha detenido, muy recientemente, el proceso de despoblamiento del centro histórico. La creación del Real Patronato —el primero fue el de Santiago— y la constitución de su correspondiente Consorcio Público, supone que Toledo cuenta con un instrumento extraordinario para su conservación. Se está construyendo una nueva y emblemática Puerta de Toledo, a cargo de Rafael Moneo, que permitirá el acceso directo de los visitantes a Zocodover por medio de unas escaleras mecánicas, y dotará al casco de un palacio de congresos. Finalmente, el Alcázar ha dejado de ser un monumento consagrado al recuerdo de una guerra para acoger a la Biblioteca Regional y, en un futuro próximo, a un importante y significativo museo de la historia militar de España.

Toledo, después de casi cuatro siglos de decadencia y letargo a los que, paradójicamente, debemos su conservación, ha recuperado su pulso ciudadano, la prosperi-

dad recorre sus calles, y de nuevo puede soñar futuros. La irradiación proveniente de Madrid —que, a partir de febrero próximo se situará, gracias al AVE, a tau sólo 24 minutos— coadyuva a este fenómeno. Pero esta bonanza es tanto una oportunidad para el conjunto de la ciudad, como un grave riesgo para su frágil centro histórico, ahogado por el tráfico e invadido por una fiebre constructora que puebla su cielo de grúas permanentes y sus calles de nuevas edificaciones. Si, como antes he dicho, entre 1940 y 1983 se había construido de nueva planta el 30% del casco, desde entonces este porcentaje ha subido a más del 40%. Por eso, si no se controla adecuadamente este proceso, que es consecuencia de la renovada pujanza de Toledo, dentro de una década el casco resultará irreconocible.

Lo que hay que hacer parece claro. Se trata, en definitiva, de supeditar los intereses privados al bien público; que predominen criterios urbanísticos y estéticos de excelencia y se venza la mediocridad imperante, de la que la escultura ecuestre de Alfonso VI recientemente colocada a la entrada de la ciudad es un ejemplo elocuente; que exista un consenso culto y sensible, a la altura de nuestro tiempo, sobre el falso dilema entre mimetismo del pasado y contemporaneidad, recordando que muchas veces, como escribió Ortega, “*es preferible equivocarse que acertar en la trivial solución de copiar el viejo estilo*”; que la habita-

bilidad del casco constituya un objetivo coherente con una política de restricción del tráfico, oferta de servicios y precio de vivienda accesible; y finalmente que todo ello esté encuadrado en un proyecto de ciudad en el que el centro histórico, sin duda la mayor riqueza de Toledo y el signo universal y permanente de su identidad, pero en donde sólo viven 10.000 de sus 75.000 habitantes, obtenga el reconocimiento y los recursos que necesita para su conservación, con el respaldo de un Pacto entre todas las administraciones competentes, que suspenda, en este ámbito, por ser cuestión de Estado, las rivalidades partidistas.

Entre mis convicciones más arraigadas figura la fe en el poder de la voluntad. La voluntad entendida como el eje de nuestra vida personal y colectiva, como la fuerza interior que permite a las personas y a los pueblos realizarse dando cumplimiento a sus sueños. Gracias a la voluntad pudimos arrancar de los dioses la libertad para labrarnos nuestro destino, para hacer de la felicidad una conquista propia y no un don ajeno. Por eso creo firmemente que Toledo será lo que deseemos, si nos esforzamos en lograrlo: la clave radica en saber qué futuro queremos para Toledo, en definitiva, cuál es ese proyecto de ciudad al que antes me he referido.

Hemos llegado al término de la jornada y regresamos al cigarral para contemplar cómo atardece sobre

Toledo, al igual que lo hicieron, en un día como hoy, hace justamente cuatrocientos años, don Jerónimo de Miranda y Juan Bautista Monegro. Toledo ocupa todo el horizonte como una aparición. En el cielo transparente no hay más humo que las nubes, y los únicos sonidos que se eseuchan son el lejano tañido de una campana, el canto de los pájaros que se acalla, el agua que cae en la taza de una fuente oculta en el jardín, y... el silencio. La sombra mágica del atardecer se cierne sobre el paisaje, y solamente la silueta próxima de Toledo permanece iluminada con la luz cristalina del ocaso, tornante de oro y fuego. Cuando el sol se ha apagado, desde el interior del rescoldo surge un último resplandor. La ciudad se ofrece, entonces, desnuda a nuestra mirada, abandonada a la pasión cumplida que renace, como en los buenos amores, con el mito del regreso.

## BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

- ALONSO BURGOS, José. *El luteranismo en Castilla durante el Siglo XVI*. Ed. Swan. 1983. Madrid.
- ÁLVAREZ LOPERA, DÍAZ SÁNCHEZ, DÍEZ DE BALDEÓN y otros. *Memoria y modernidad. Arte y artistas del Siglo XX en Castilla-La Mancha*. Caja de Castilla-La Mancha. 2000. Toledo.
- AUCLAIR, Marcelle. *Enfance et mort de García Lorca*. Seuil. 1968. Paris.
- AZORÍN. *La voluntad*. Biblioteca Nueva. 1996. Madrid.
- BENNASSAR, Bartolomé. *Valladolid en el Siglo de oro*. Ámbito. 1989. Valladolid.
- CHUECA GOITIA, Fernando. *Retazos de una vida. Toledo y su gente*. C.I.E. Dossat 2000. 1997. Madrid.
- DANDELET, Thomas J. *La Roma española. (1500-1700)*. Crítica. 2002. Barcelona.
- DELIBES, Miguel. *El Hereje*. Destino. 1998. Barcelona.
- MARAÑÓN BERTRÁN DE LIS, Gregorio. *Toledo entre ayer y mañana*. TF Artes Gráficas. 1997. Madrid.
- MARAÑÓN BERTRÁN DE LIS, Gregorio. *El laberinto de Toledo*. Artec. 1997. Segovia.
- MARAÑÓN POSADILLO, Gregorio. *El Toledo de El Greco*. Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. 1956. Madrid.
- MARAÑÓN POSADILLO, Gregorio. *Elogio y nostalgia de Toledo*. Espasa Calpe. 1956. Madrid.
- MARAÑÓN POSADILLO, Gregorio. *El Greco y Toledo*. Espasa Calpe. 1956. Madrid.
- MARÍAS, Fernando. *El Greco*. Nerea. 1997. Madrid.
- MARÍAS, Fernando. *La arquitectura del Renacimiento en Toledo. (1541-1631)*. Tomos II y III. C.S.I.C. - I.P.I.E.T. 1985 y 1986. Madrid.
- MARTÍN GAMERO, Antonio. *Los cigarrales de Toledo*. López Fando. 1897. Toledo.
- MARTÍNEZ GIL, Fernando. *Toledo y la crisis de Castilla. (1677-1686)*. Nupredsa. 1987. Toledo.
- MARTÍNEZ-BURGOS, Paloma. *Historia de un edificio, imagen de una ciudad. Historia y arte del Convento de San Gil*. Cortes de Castilla-La Mancha. 1996. Toledo.
- MOLINA, Tirso de. *Cigarrales de Toledo*. Espasa Calpe. 1928. Madrid.
- MONTEMAYOR, Julián. *Toledo entre fortune et déclin*. Presses universitaires. 1996. Limoges.
- NOUGUÉ, André. *L'oeuvre en prose de Tirso de Molina*. Toulouse. 1962.
- PAU PEDRÓN, Antonio. *Rilke en Toledo*. Arula Ediciones. 1996. Madrid.
- PÉREZ GALDÓS, Benito. *Toledo. Su historia y su leyenda*. A. Pareja. 2000. Toledo.



PISELLI, C. *Storia dei Chierici Regolari Minori. (1588-1685)*. Ordini Chierici Regolari Minori. 1990. Roma.  
QUINTANA, Eusebio. *Vida del B.P. Francisco Caraciolo*. 1769. Madrid.  
RÍOS, Amador de los. *Toledo pintoresca*. Boix. 1845. Madrid.  
RIVERO SERRANO, José. *Arquitectura del Siglo XX en Castilla-La Mancha*. Manifiesta. 2003. Ciudad Real.  
VALLE-INCLÁN, Ramón del. *La lámpara maravillosa*. Espasa Calpe. 1995. Madrid.  
VEGUE, Ángel. *Los cigarrales de Toledo en el Siglo de oro*. 1927. Revista de las Españas.

Archivo Histórico Nacional.  
Archivo Histórico provincial de Toledo.  
Archivo Catedralicio de Toledo, Actas Capitulares.  
Archivo Municipal de Toledo.

Contestación del  
Excmo. Sr. Don Alfredo Pérez de Armiñán  
y de la Serna